

duraba la fuga y el estrago ; y los amorreos que quedaban vivos, no viendo otro medio de escapar, esperaban con grande ansia la noche, para que con sus negras sombras viniese á sustraerles del furor de las huestes enemigas y de los golpes del cielo. Miran, pues, por debajo de los escudos al sol ; pero le ven todavía muy distante del ocaso. Siguen la fuga acongojados y cubiertos de polvo, y nuevamente vuelven á mirar al sol ; pero le reparan aun muy alto. Echan otra corrida ; y por tercera, sexta y octava vez miran el planeta, observan las sombras de las colinas y de los árboles, y ¡oh espanto! conocen por fin que el sol está fijo en medio del cielo, que no declina al ocaso, que no hay esperanza de la noche. Figuraos el aturdimiento, los bramidos, el furor y rabia del fugitivo ejército. Alcanzados de las espadas hebreas por detrás, heridos por el frente del horrendo granizo, cansados, sin aliento ; por un portentoso nunca visto ven que les está cerrado el único camino de salvarse, la noche. ¡Ah! entonces llenos de rabia echan espuma contra aquel sol que, quieto en medio del cielo, parece les juega una burla.

Héos aquí, hermanos míos, una ligera sombra de lo que sucede á un pecador precipitado en el infierno. Embestido por una parte de aquel fuego cruel que le causa todos los tormentos, herido por otra del cielo con la mas espantosa de todas las penas, se vuelve por instinto natural á pensar en la salida, en el término, en el cuándo deberá acabar. Pero no descubriendo allá bajo medio alguno de escapar, levanta sus miradas al cielo, y ve que mientras brille aquel Sol divino que le hiera con sus rayos, no tendrá fin el día de la venganza. Pero ¡oh Dios! ¿este Sol cuándo se pondrá? Pasará á nuestro modo de entender mil años en sus penas, y mirando al Sol de justicia, advertirá que no ha corrido un solo grado, y

que mil años son un nada delante de él, como es un nada el día que pasó : *mille anni ante oculos tuos tamquam dies hæsterna quæ præterit*. Pasará en aquellos ardores mil siglos mas, y volviéndose á aquel divino Sol, observará que aun está fijo en medio del cielo, y que nada da señal de movimiento : *apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio*. Pasarán sobre el infeliz otros millones de siglos... pero ¿á qué me fatigo? Ya está cierto el miserable de que tanto dista este Padre de las luces de llegar al ocaso, cuanto dista de cesar de ser Dios. Sí ; es siempre el mismo, y sus años nunca vienen á menos : *tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient*. Sí, nunca vienen á menos ; porque sin curso, sin movimiento, sin sucesion están siempre fijos en un eterno presente. Figuraos á tal vista cuál será la desesperacion del infeliz condenado. Tú ahora padeces, se dirá ; despues de mil siglos aun padecerás ; despues de millones de siglos aun estarás aquí ; despues de tantos millones de siglos cuantos instantes han transcurrido desde el principio del mundo, cuantas arenas hay en el mar, cuantas estrellas en el firmamento... pero, ¿por qué me entretengo en contar? nunca mas saldrá, nunca mas paz, nunca mas perdon, nunca mas salud, nunca, nunca. ¡Oh nunca cruel! ¡oh eternidad desesperada! Vanidades del mundo, placeres del mundo, locuras del mundo, este es el término á que finalmente llevais.

¿Quién no tendria por necio al que por gozar de un breve placer se obligase con pacto á bajar luego al infierno, y tolerar por cien millones de siglos aquellas penas? Y no obstante, hijos míos, transcurridos pocos días pudiese el tal decir : estos son ya de menos, y por grande que sea mi deuda, al fin he comenzado á pagarla. Vendrá un día en que tendré pagada la milésima parte ; vendrá otro en que habré satisfecho la

octava ; vendrá en fin un momento que yo apenas diviso ahora, en que pocas horas me quedarán de estar aquí. Saldré en fin, iré á gozar de Dios, y un solo instante de verle enjugará el llanto de tantos siglos. Pero no entran, no, tales pensamientos en aquella cárcel de desesperados : allá la deuda nunca disminuye ; allá la pena nunca se extingue. Serán destruidos estos templos, reducidas á polvo estas casas, cambiado el mundo, celebrado el juicio, y despues del juicio habrán pasado millones de años ; y si os condenais ¡no lo permita Dios! tanto os quedará aun por padecer cuanto os quedó el primer instante que al infierno caísteis. Allí no hay mitades que contar, partes que disminuir, términos que esperar. Allí no hay mas que un *nunca* y un *siempre* : un nunca salir, un siempre padecer. ¿Es posible, que á una alma penetrada de estas verdades, haya ya criaturas que la encanten, placeres que la seduzcan, mundo que la arrastre? ¿Y que al frente de tales pensamientos le parezcan amargas las lágrimas, costosa la conversion, difícil la penitencia? ¡Ah! dice san Bernardo, estas cosas son muy ligeras al que medita las penas eternas : *hæc lævia sunt meditantí pœnas æternas.*

Y sin embargo, aun no lo he dicho todo. No solo padecerá el condenado por toda la eternidad ; sino que en algun modo la padecerá toda entera en cada momento. No gozará el infeliz de aquellas distracciones de entendimiento que, ó por necesidad natural, ó por la conversacion de los amigos consiguen en este mundo los afligidos, no : sino que ocupado siempre de la aprension vivísima de sus penas, está continuamente reflexionando el *siempre* de su padecer, y el *nunca* de su acabar. Pudiese él sacudir de su mente esta idea horrible de la eternidad : ya que la ha de pasar toda en tormentos, pudiese á lo menos ignorarlo : ya que ignorarlo no puede,

pudiese á lo menos divertir el entendimiento con otras ideas ; siquiera distraerse alguna vez. Pero no ; ha de padecer eternamente, ha de saberlo, ha de pensarlo continuamente, sin cesar y con la mayor viveza. ¡Oh tormento, quinta esencia de todos los tormentos! Mira arriba, y halla una bóveda de infinito espesor que le cubre : mira á los lados, y ve un inmenso terraplen que le rodea : mira abajo, y encuentra un impenetrable pavimento que le sostiene : no hay rendija por donde echar una mirada ; no hay agujero por donde enviar un lamento ; por todo halla escritas con letras de fuego estas tremendas palabras : *siempre, jamás, eternidad.* Padeces, y padecerás *siempre* ; no sales, ni saldrás *jamás* ; eres infeliz, y lo serás por una *eternidad.* Esto piensa de dia, esto medita de noche, esto ve siempre, esto verá sin fin, sin un momento de distraccion, de sueño, de olvido. ¡Oh eternidad! ¡oh infierno!

Decidme, ahora, pecadores míos, ¿creeis vosotros este infierno espantosísimo é interminable? ¿creeis que vuestro pecado os encamina en derechura á aquel abismo de penas? ¿creeis que si continuais viviendo así, dentro pocos dias rabiareis allá bajo como desesperados? Si no lo creeis, andad, infelices, andad á disponerlos para aprenderlo un dia allá con eterna experiencia propia. Pero si lo creeis, decidme por favor, ¿qué nombre he de dar á vuestra conducta? Si uno solo de los hijos de Adan hubiera de condenarse, todos deberíamos temblar ; y sabiendo que las almas caen en el infierno como copos de nieve, vosotros reís, vosotros jugais, vosotros cerrais adrede los ojos para caer sin advertirlo en aquellos incendios. ¡Qué delirio es este, Dios mio, qué delirio!

Trabajad, hijos míos, para que no caigais en aquel abismo de penas, donde no hay esperanza, alivio ni remedio ; antes bien podais ir á gozar de aquel sumo Bien, en quien están reconcentradas todas las delicias. Amen.